

Oriente habian traído la costumbre de no ayunar los sábados de Cuaresma. Los pueblos germánicos tenían la costumbre de habitar con mas gusto en los campos que en las ciudades, en lo cual los romanos principiaban á imitarlos, y por eso se permitieron oratorios ó capillas domésticas; mas con la obligacion de celebrar las fiestas de Pascua, Navidad, Epifanía, Ascension, Pentecostés y los demas días mas solemnes en las iglesias parroquiales, excomulgando á los que en estos días celebrasen misa ó el oficio en los oratorios, sin permiso de los obispos. Dice tambien no debian ser tenidos por católicos los legos que no comulgasen en el día de Navidad, de Pascua y de Pentecostés. Ordénase formalmente á todos asistir á la misa el domingo y no salir de ella hasta el fin.

Tuvo sin duda alguna San Cesario mucha parte en este cánón, con el fin de conseguir la reforma de un abuso que entonces era muy comun entre los fieles, que se ausentaban de las instrucciones saludables. Para estorbarles que saliesen de la iglesia despues de concluido el Evangelio, y por consiguiente sin haber oido la homilia ó sermón, su celo le obligó muchas veces á cerrar las puertas, y los culpables mismos le agradecieron esta especie de coaccion; tan cierto es que la debilidad humana quiere algunas veces ser sostenida por medios diferentes de las reglas comunes, pero que no son menos eficaces entre las manos de un prelado de sabia discrecion, y sobre todo de eminente santidad. Prescribió tambien el Concilio muy clara y formalmente que se concediese el Viático á los que estuviesen en peligro de muerte y diesen señales de penitencia. Al señalar la uniformidad en la celebracion del oficio divino, esplica detenidamente sus diferentes partes, y nos enseña que se componia entonces de antífonas, lecturas ó oraciones, himnos y capítulos. La

palabra antifona, cuyo sentido se limitó despues á algunos textos sacados de los salmos, significaba en la antigüedad los salmos enteros y aun los himnos cantados á dos coros. Despues de estas y de algunas lecciones de los libros sagrados, principiaba la oracion: es decir, que lo sustancial del oficio y el espíritu de los cánones es orar despues de haber cantado. «Cantar es sembrar, dice en uno de sus sermones San Cesario, á quien debemos mirar aquí como su intérprete; y orar, es cubrir el grano, para que no le arrebatén las aves.»

Causará admiracion á algunos que se eligiese la pequeña ciudad de Agde para celebrar este Concilio, pero era de mas interés del que se cree en el orden eclesiástico. Habia en Agde un monasterio de trescientos sesenta monges, fundado algun tiempo antes por San Severo, siro de nacimiento; y esta sola casa religiosa proporcionaba mucha comodidad para la celebracion de un Concilio. San Magencio fué uno de los mas ilustres discípulos de este santo abad. Para vivir mas pacíficamente en la oscuridad se retiró de Languedoc su patria á un monasterio de Poitiers, y dejó su verdadero nombre que era el de *Adjutor* (1). Rigió despues, aunque recluso, un monasterio levantado anteriormente en las inmediaciones de Poitiers, que tomó el nombre de este santo, como tambien la ciudad formada en su rededor. Cuéntase que sus monges, al ver venir una tropa de soldados franceses, le sacaron á la fuerza de su celdilla, para que corriese á librarles del peligro que les inquietaba. Pidió á los soldados que no hiciesen daño alguno á su iglesia, y uno de ellos desenvainó con ferocidad la espada para herirle; pero el brazo de este impío quedó inmóvil, hasta que puesto de hinojos ante el Santo consiguió su restablecimiento por

(1). Act. Bened. Tom. 1, pag. 678.

sus oraciones. Este milagro llegó á oídos de Clodoveo, que hizo muchos honores al santo abad y dotó su monasterio.

Hallábase á la sazón el monarca francés en Poitou para hacer la guerra al rey Alarico. En vano este príncipe con sus visigodos, menos célebres en valor que los franceses, evitaban con cuidado todas las ocasiones de irritarlos. Clodoveo conocia su prepotencia, y la rivalidad y la política le suministraban todo género de pretextos para utilizarse de sus fuerzas. Sin embargo, parece que otras causas distintas le escitaban con mayor viveza, estuviesen ó no cimentadas en la justicia y en verdaderos motivos de queja. Habia salido entonces de una enfermedad y su curacion habia sido milagrosa; pues atormentándole por mas de un año la fiebre lenta, que habia agetado todos los recursos de la medicina, acudió por consejo de su propio médico al Supremo Señor de la enfermedad y de la salud. Habia en el reino de Borgoña un santo abad llamado Severino, que gobernaba el monasterio de Agauno, levantado en el sitio donde habian padecido los mártires de la legion thebea (1). Clodoveo envió un oficial de su corte para que se trajese al Santo, el que no esperó el fin de su viaje para acreditar la verdad del juicio que habian formado de él. A su tránsito por Nevers encontró al obispo Eulabio, á quien consumia por espacio de un año una cruel enfermedad que le habia dejado sordo y mudo. Severino le curó con sus oraciones con una prontitud tan milagrosa, que el obispo se levantó inmediatamente, acudió el mismo día á la iglesia y ejerció todas las funciones pontificales. Al llegar á las puertas de Paris vió el Santo á un leproso, á quien sanó abrazándole.

(1) Holland, ad átom 11 Februarii Act. Bened. t. 1 pag. 678.

Luego que entró en palacio, se arrodilló para orar ante la cama del rey: púsose en pié sin hablar palabra, se despojó de su casulla y vistió con ella al príncipe, á quien en el momento abandonó la pertinaz fiebre. Clodoveo se puso de rodillas á los pies del santo abad, bendiciendo al que es admirable en sus Santos, y exclamando: «Padre mio, os ofrezco mi tesoro, tomad de él cuanto os plazca para los pobres, y usad con la misma libertad de la misericordia evangélica con todos los prisioneros de mi reino.» Insensible Severino á todos los honores, curó otros muchos enfermos en el palacio del rey y en todos los barrios de la capital. Dispensadas estas gracias, partió al momento como para regresar; pero sabia por revelacion que moriria en Castel-Laudon en el Gatinés. En efecto, tres días despues de su llegada dió su santa alma al Criador, acaeciéndose una multitud de milagros en su sepulcro, cabe el cual levantó despues una iglesia Childeberto, hijo de Clodoveo.

Cuando Clodoveo vió restablecida su salud, dijo á los franceses que miraba con dolor una parte de las Galias en manos de los godos arrianos, y les propuso que la librasen del poder de estos hereges (1). Aplaudiéronle todos con vivas aclamaciones, y esta nacion guerrera estuvo bien pronto en estado de marchar hácia Poitiers, en donde residia á la sazón Alarico, rey de los visigodos. Para conseguir las bendiciones del cielo sobre esta grande empresa, edificó Clodoveo en Paris cerca del sepulcro de Santa Genoveva una iglesia que pasó por una de las mas magnificas de su tiempo, y cuya obra se terminó despues de la muerte del rey por el celo de la reina Clotilde. Obsérvase que habia allí en su vasta estension muchas pinturas que representaban Santos

(1) Guesop, Turon. Háb. 3 hist. pag. 87, conseq.

de uno y otro Testamento. Allí acaecieron muchos milagros; y en el mismo siglo se invocaba ya á Santa Genoveva para la curacion de las calenturas, del mismo modo que se practica en el dia. Antes de poner el pie en las tierras de los enemigos, prohibió el rey á todo su ejército robar vaso ni ornamento alguno de los altares, ó insultar de cualquier modo que fuese á las virgenes ó á las viudas sagradas, á los clérigos, á su familia, á sus domésticos y aun á los esclavos de las iglesias. Despues de la guerra mandó á decir á los obispos que estaban en el caso de reclamar cada cual lo que hubiese perdido y pedir la libertad de los esclavos, y estas órdenes se cumplieron exactamente. El respeto particular que este príncipe profesaba á San Martin hizo que, al pasar por Tours, mandase que ninguno tomase cosa alguna mas que yerba y agua. Un soldado, á pesar de esta orden, quitó á un pobre un poco de heno, diciendo que solo era yerba; pero el rey mandó castigarle al punto con pena capital. Porque «cómo lograremos la victoria, dijo el monarca, si ofendemos al gran San Martin?» Cuando se acercó á Poitiers ordenó asimismo conservar con gran cuidado las tierras de esta iglesia en memoria de San Hilario.

Entretanto salió Alarico de la ciudad, y adelantándose á las llanuras de Vouille, presentó batalla al rey de los francos que no ansiaba otra cosa con mas ardor. Pelearon con todo el encarnizamiento de dos naciones rivales, de las cuales escitaba á la una el doble motivo de su propia gloria y de la defensa de la fé contra los perseguidores del nombre católico; y á la otra el horror de la esclavitud y de una total ruina. Interin motivos tan robustos conservaban indecisa la victoria, distinguió Clodoveo en medio de la pelea al rey Alarico: penetró entonces por medio de

todos, suspendió los esfuerzos de los godos atónitos, acomete á su rival, le arroja en tierra y le quita la vida. Mas el momento de la victoria fué el de mayor peligro para el vencedor. Cayeron de golpe dos godos sobre él como desesperados, asaltáronle con una especie de rabia y le descargaron mil golpes antes que tuviese tiempo para volver en sí; y á pesar del fino temple de sus armas y de su talento militar, juzgó que debia su vida á una especial proteccion del cielo. Esta fué la única resistencia que opusieron los enemigos despues de la muerte de su rey, poniéndose todos en cobro segun su costumbre, dice Gregorio Turonense, escepto una tropa auxiliar de auverneses que combatió todavia algun tiempo, al mando de Apolinar, hijo de San Sidonio, y el mismo que algunos años despues fué elevado á la Silla episcopal de Auvernia.

El príncipe Amalarico, hijo del rey vencido, se salvó en España, y fué aclamado rey de los visigodos que ocupaban ya la mayor parte de ella. En cuanto á la Aquitania, la conquistó Clodoveo casi toda entera; y al año siguiente marchó hasta Tolosa, que era donde los reyes godos habian residido hasta entonces, y donde estaban los tesoros de Alarico, de los cuales se apoderó el vencedor. Regresó desde allí á Tours colmado de gloria y de riquezas: hizo su entrada con pompa y magestad, y marchó en triunfo desde el sepulcro de San Martin, que estaba fuera de la ciudad, hasta la iglesia catedral. Acababa de recibir una embajada del emperador Anastasio, que le remitía el título de patricio con la toga de púrpura, el círculo ó diadema de oro, y las demas insignias de la dignidad patricia. Ornado con estas insignias y con la corona, (es decir, el círculo de oro) en la cabeza, caminaba lentamente sobre un caballo en extremo hermoso y bizarro, arrojando al pueblo durante la marcha muchas monedas

de plata. No puso en olvido á la iglesia de San Martin en la alegría de esta fiesta, pues la regaló presentes de muchísimo valor, no menos que á la de San Hilario de Poitiers. Volvió á Paris poco despues, donde estableció su residencia, y así esta ciudad fué capital del reino en el reinado del primero de sus reyes. Créese que eligió para su morada el antiguo palacio, levantado y habitado por el emperador Juliano fuera de la ciudad por la parte de Mediodia, á poca distancia del sepulcro de Santa Genoveva, donde para cumplir su voto mandó que se abriesen al instante los cimientos de la iglesia de San Pedro y San Pablo.

Los visigodos conservaban todavia la Galia Narbonense, donde Teodorico, rey de Italia, defendia los intereses de su joven rey Amalarico, nieto suyo por la línea materna. Los borgoñones, no menos enemigos de los godos que los franceses, se unieron con ellos para formalizar el importante sitio de la ciudad de Arlés. Estuvo, pues, esta plaza estrechada vivamente, y los ciudadanos parecian tan consternados, que en tal conflicto un clérigo joven, pariente del santo obispo Cesario, juzgó no poder evitar el peligro sino pasándose á los enemigos, con cuyo designio se descolgó de noche por las murallas con una cuerda (1). No pudo permanecer tan secreta esta fuga que no llegase á noticia de algunos godos, y al momento quisieron hacer responsable de ella al obispo, como superior y como pariente del tráfuga. No fué menester mas para formar sospechas; sospechas que en tales ocasiones hacen muchas veces el lugar de la conviccion, y acusaron al obispo de haber enviado á su clérigo á los enemigos para entregarles la plaza. No se quiso tener en cuenta que los principales acusadores eran los judíos, opuestos por su estado al

clero y al obispo; ni quisieron recordar que habia sido ya calumniado el santo prelado sobre la misma materia en vida de Alarico, y que á pesar de haber sido desterrado á Burdeos, habia mostrado allí su fidelidad y todas sus virtudes de una manera tan poco equívoca, que el cielo las aprobó con un milagro ilustre, apagando con sus oraciones un furioso incendio; en una palabra, su inocencia habia sido reconocida tan auténticamente que el rey habia condenado al delator á ser apedreado.

La perfidia triunfó de todas estas consideraciones; arrancaron al obispo de su habitacion, la que saquearon, y se apoderaron de su persona con el designio de arrojarle á la noche siguiente en el Ródano, ó al menos encerrarle en el castillo de Ugerne hasta que les fuera permitido disponer de su suerte. Este castillo, segun todas las apariencias, estaba no en el parage donde se halla hoy la ciudad de Beaucaire, sino en la isla de Vergne que el Ródano forma, y que en otro tiempo la llamaron Gernica. Los sitiadores, ó por mejor decir, la Providencia, estorbó á los godos hacer pasar á esta isla la barca donde iba el Santo, y la misma Providencia tardó poco en justificarle; pues un judío arrojó á los enemigos desde lo alto de la muralla una carta envuelta en una piedra, avisándoles que concurriesen por la noche á un parage custodiado por los de su nacion, bajo el pacto de que conservarían á estos sus bienes y la vida. Mas habiendo cesado á la siguiente mañana el asalto, encontraron la carta algunos habitantes, y reconocieron todos sin dificultad de quiénes debian justamente sospechar. Así fué reconocida por segunda vez la inocencia del obispo.

Aunque este no habia manifestado adhesion á los francos y borgoñones armados contra su soberano, dió á conocer su caridad con gran ternura y grandeza de alma luego que

(1) Vit. S. Cesar. lib. 1, cap. 15.

vió su vencimiento y su desgracia. Teodoro envió desde Italia un ejército para que auxiliase á Arlés, y no solo se vieron en la precisión de levantar el sitio los enemigos que estaban ya apurados en extremo, sino que fueron derrotados aun en la retirada, siendo tan grande el número de los que quedaron prisioneros, que se llenaron todas las iglesias. Cesario les facilitó vestidos y alimentos, y después empleó en su rescate todo el dinero que había en el tesoro de la iglesia; mas no siendo bastante esta plata, no tardó en vender los cálices é incensarios, ni en quitar los adornos de las columnas y balaustradas. Alentaba principalmente su celo el peligro de la seducción de estos prisioneros que estaban bajo la potestad de los arrianos ó de los judíos. «Si el Salvador, decía, dió su cuerpo y su sangre para redimir á los hombres, ¿le ofenderemos acaso nosotros empleando en el mismo uso los vasos en que se contiene ese cuerpo y esa sangre?» Subía de punto la caridad del santo obispo á vista de los pobres vergonzantes, y de continuo los encomendaba al erialdo que le servía, corriendo él mismo muchas veces á la puerta para ver si había alguno que no osase entrar.

Antes del sitio de Arlés había principiado á levantar para su hermana Cesaria un monasterio, y no se desdénaba de trabajar él mismo en este edificio; pero los sitiadores destruyeron una gran parte de él, y cargaron particularmente con la madera para sus obras. Después de concluido el sitio volvió de nuevo á la obra á pesar de este inconveniente, y trabajó con mas calor que antes. Hizose la iglesia aún mucho mayor de lo que parecia exigir un monasterio de vírgenes; pues tenia dos alas ó colaterales, dedicada la una á San Martín, y la otra, destinada para el uso particular de las religiosas, á San Juan, cuyo nombre tomó todo el monasterio. El medio, que servía de iglesia exterior, fué dedicado á la Virgen nuestra

Señora; pero el público insensiblemente mudó todos estos nombres en el de San Cesario. Concluidos que fueron estos edificios, se trasladó á ellos Cesaria desde Marsella, á donde había ido á aprender y practicar primero lo que debía enseñar á las demás. Era célebre esta ciudad por las religiosas fundaciones de Casiano para personas de ambos sexos, y por sus instituciones ó reglas monásticas.

No se hizo menos célebre el monasterio de Santa Cesaria con la regla que le dió su hermano (1); y aunque al principio no tuvo la Santa mas que dos ó tres compañeras, no tardaron después en acudir de todas partes muchas vírgenes á ponerse bajo su dirección. Cumplian con exactitud las reglas que les prescribían la separación del mundo y la clausura, que es el primer artículo de la regla de San Cesario. No solo no podían salir las religiosas, sino que además, exceptó el caso de una estrema necesidad, no penetraban en el monasterio ni aun las mugeres. Se prohibía con mucho mayor rigor dar de comer á persona alguna, ni aun al obispo, exceptuando solamente á las madres de las religiosas que venían de fuera de la ciudad á ver á sus hijas. No debían hablar estas religiosas mas que á sus parientes y á presencia de alguna de las antiguas. La abadesa tenia obligacion por su oficio de tratar con mas frecuencia á muchas mas personas; pero no debía ir al locutorio sino acompañada de dos ó tres hermanas.

Con la misma puntualidad se vigilaba sobre la sencillez de la habitación, del vestido y de las demás cosas exteriores de la vida. Los hábitos debían ser uniformes y pobres, hechos en el monasterio, de lana y todos de color blanco. Por una figura trazada en el libro de la regla, fija el fundador la altura del tocado de la cabeza, pues sin duda ya entonces mostraban en esto su va-

(1) *Cod. Reg. t. 3, pag. 11.*

nidad las mugeres. Hasta los ornamentos mismos del altar deben ser de lana y sin bordados, y no ha de haber mas plata que la de los vasos sagrados. No está permitido el adorno de pinturas ó de cuadros, á no ser en la basílica de la Virgen, que sirviendo de iglesia exterior podia estar mas adornada que el oratorio de las religiosas. Las hermanas no deben hacer obra alguna de tapicería ni bordado, sino emplearse en un trabajo tan humilde como todo lo demás de su vida, y el que la superiora señale á cada una. Eran los lechos como los vestidos, sin ningun adorno en los cubrecamas; y se collocaban en una sala comun, no teniendo religiosa alguna aposento particular, ni armario cerrado. Todas carecian de criada, inclusa la abadesa.

No se admitían allí pensionistas, pero se recibían niñas de seis á siete años para ser religiosas, es decir, para educarlas con este fin, y profesar cuando su razon estuviese ya formada. No hay probabilidad alguna de que se las consintiese contraer un vínculo irrevocable en una edad tan tierna, aunque consta que podían obligarse en la minoridad. Este artículo de la regla de San Cesario puede servir para interpretar un cánón en que el Concilio de Agde prohíbe dar el velo á las vírgenes antes de la edad de cuarenta años; dándonos á entender que este reglamento solo era concerniente á las que habitaban en medio de los peligros del siglo.

Por lo demás, las lecturas piadosas, la larga salmodia, el trabajo comun, el silencio y recogimiento, la imposición de las penitencias, los ayunos particulares; en una palabra, todo el cuerpo de la disciplina religiosa era en aquellos tiempos el mismo que se conserva hoy dia. Notamos al mismo tiempo que ya por aquella época se cantaba el *Te Deum* después de maitines en los dias solemnes. Servíanse los dias de ayuno tres platos en la comida, y en los demás

solo dos, por lo comun muy sencillos; en las fiestas principales se aumentaban algunos manjares algo mas gustosos. Nunca comían carne, y únicamente se servían aves á las enfermas.

La Santa Sede dió su aprobacion al establecimiento del monasterio de Arlés, y á ruegos de San Cesario concedió á esta comunidad el privilegio de exención, quedando no obstante sujeta á la visita episcopal. En cuanto á la venta y donacion de algunos bienes eclesiásticos, hecha ya en favor de este monasterio, obtuvo igualmente la facultad del Papa con la precisa condicion de que conviniesen en ello los obispos de la provincia, y así lo verificaron.

Después de levantado el sitio de Arlés, no se sabe que Clodoveo emprendiese cosa alguna contra los godos. El arreglo de sus nuevos Estados llamó principalmente su atención, y lo que era todavia mas digno del primero de los reyes cristianos, y del único que era entonces católico, exhortó á los obispos á restablecer la disciplina, que con tantas turbulencias y guerras nacionales se habia debilitado mucho: con este objeto promovió la celebracion de un Concilio en Orleans el año 511.

Formáronse en él treinta y un cánones, y los obispos los enviaron al rey para que los apoyase con su poder (1). El primero asegura el derecho de asilo á las iglesias, pero con la condicion de que los culpables se sujeten á una equitativa composicion con la parte ofendida. Se prohíbe ordenar á ningun seglar sin el consentimiento del rey ó del juez real, lo cual parece referirse únicamente á las familias de los bárbaros, que rara vez eran todavia admitidas en el clero, pues el Concilio añade que aquellos cuyos padres ó antepasados hayan sido clérigos, estarán bajo la potestad de los obispos. No

(1) *Tom. 4 Concil. pag. 1403.*